

España de PARTE a PARTE

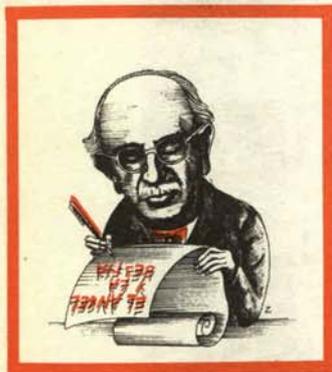
Folleton de Hermano Lobo

RESUMEN DE LO PUBLICADO: De rodillas, Señor, ante el sagrario...

XIV

1952

Y para que don José María Pemán pudiera hacer el gran poema místico, en vista de que con «El ángel y la bestia» se le había ido la mano, que los rojos le habían salido demasiado, no eran tan malos, vino el cardenal Tedeschini de legado pontificio para que tuviéramos en



paz y en gracia de Dios el XXXV Congreso Eucarístico Internacional y así también de paso el Juan Marsé tuviera tema para una novela. Ea, toda España atufando a incienso, otra vez como en el milenio. Encima a un peón, José Garriga, le había dado por violar a la niña Josefina Vilaseca, en Manresa, y matarla el muy depravado. Y, ea ya tenemos María Goretti española. Toda España era un inmenso altar, que a nosotros los misticismos de asistencia obligatoria se nos han dado como nadie desde que los otros ganaron la guerra.

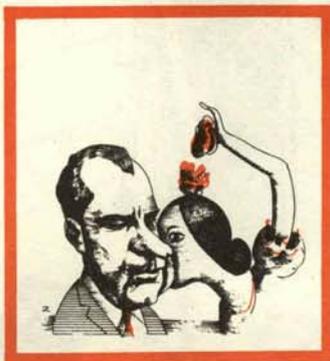
Aparte del himno de don José María Pemán, que todos los colegiales cantamos de rodillas sacias y mirando a la pared, por cochinos, por comprar novelas Pueyo, el Congreso Eucarístico sirvió para que la España de Franco salvara su alma internacional, que estaba a punto de entrar en las calderas de Pedro Botero Onu. El Congreso fue como unos inmensos ejercicios espirituales, venga a cánticos y venga a comuniones masivas, como si todo el Bernabéu se pusiera a comulgar; pero no para que Pemán se luciera, que para eso ya tenía al Séneca y la tercera de ABC, que entonces sí que era negociete, sino para que los señores obispos legados pontificios vieran que éramos muy de derechas y

muy civilizados, y al año siguiente la Santa Sede nos firmara el Concordato con el que Ruiz Giménez estaba dando la tabarra en el Vaticano a base de aquí te quiero ver.

No, la cosa internacional se le estaba poniendo bien al país. En el Congreso Eucarístico de Barcelona fue Girón, que era ministro de Trabajo y que cuidaba mucho la revolución pendiente de sus productores y a todos les daba un piso de sindicatos, y nos puso el santo de cara. Estaban cuadrando al enemigo internacional, a la bestia parda de la conjura judeomasónica, para que pudieran entrar a matar el año siguiente. Porque los americanos van y en vez de elegir a Stevenson, que no nos podía ver, ponen de presidente a Eisenhower. Si sería bueno Eisenhower, que había repetido el desembarco de Alhucemas en Normandía. Si sería bueno, que llevaba de vice a Nixon, que ya estaba engordando sus mejillas para que un día se las pudiera besar, chulapa mía, la mismísima Lucero Tena. Pero no se podía exteriorizar tanto la alegría. Por eso el general Franco se limitó a comentarle a Pemán, que estaba aquel año que no paraba:

—Por lo menos es un militar...

En la economía patria anunciaban grandes triunfos económicos. La verdad que no era para ponerse así. Porque coge uno ahora el Tamames y lo que ve es que se había llegado a los mismos niveles de renta y de producción que en 1936. ¿Para esto hicimos la guerra? Por lo visto, la hicimos para esto. Y para poder largar editoriales a base de tela marinera por Radio Nacional (que seguía con



el tararí, ti, cuando acababa el parte) anunciando la desaparición de las cartillas de racionamiento. Si se fabricaba ya en Barcelona el Pegaso y el Seat, no podía haber cartillas de racionamiento. Por lo menos racionamiento de pan. Porque del otro, ya ven, todavía lo tenemos, y ahí tenemos a la Social y al TOP para leerlos la cartilla si nos pasamos un tanto así en el abastecimiento de derechos humanos, que en este país se da

mucho el fiscal de Tasas. Para que viéramos que no todo el monte era orégano estaba de ministro de Información y Turismo el señor Arias Salgado, que le habían hecho el Ministerio a la medida, para que nos salvara el alma a todos los españoles:



—El cine es el pan espiritual del que se alimentan miles de personas... Hoy la mayoría de la producción de películas no está en manos de católicos. El noventa por ciento de las películas están al margen de la moral cristiana.

Así que, venga, a darnos moral cristiana en el cine. Nos hartábamos de ver cine beato, mientras los italianos estaban ya hasta el gorro de neorealismo: que si «La guerra de Dios», que si «El Judas» con Antonio Vilar, que si «Sor Intrépida». Pero a nosotros lo que nos gustaba ver era «Las minas del Rey Salomón»; si no era moral cristiana, pues nos condenábamos y listo, pero cómo sonaban los tambores cuando los cabrones de los negros metían al Stewart Granger en la mina y le tapaban la salida, los muy cerdos. Menos mal que nosotros coleccionábamos las estampas y grabábamos nuestro nombre en la culata de la carabina de aire comprimido, por si por un casual venían los negros y nos metían dentro de la cueva.

Construimos nuestra cultura con la boda de Xavier Cugat con Abbe Lane, cómo estaba de maciza la tia y casarse con el del bigotito y los chihuahuas, ¿qué le haría por las noches? Con las películas de Lola Flores. Con los cuplés de Carmen Morell y Pepe Blanco. Con los trinos de Antonio Molina, salid niñas a los balcones que ya está aquí el macetero. Con Luisa Ortega, que nos había metido por la fuerza su padre el Caracol, aunque nada más que cantara aquello de pena, penita, pena, y con un hilito de voz.

Nuestro pan espiritual—que ese no lo racionaban— era el fútbol, que también nos acercaba a Europa a falta de democracia que nos pusiera de recibo. El Real Madrid cumplía sus bodas de oro y don Santiago ya redondeaba el invento, por-

que se dio cuenta que con el «Millonarios» de Bogotá venía Di Stéfano. Luego se quedaría con Di Stéfano y los millonarios no serían de Bogotá, sino del Bernabéu. Y el Barça, lo mismo, con Kubala hecho una furia, defendiendo por ahí la honra y los barcos para dejar esto de forma que los americanos pudieran después poner sus bases donde les viniera mejor.

Triste país al que estaban metiendo por la veredita del consumismo y por la anulación del desarrollo y que no se daba cuenta que si le habían quitado las cartillas de racionamiento era porque le querían poner obligatoriamente en las manos «Camino», que era el librito que leían por las mañanas, después de la ducha fría, unos catedráticos muy serios, muy estudiosos y muy raros que comenzaban a llegar a los Ministerios y que parecía que no habían roto un plato en su vida, pero que se acabarían quedando con el manso. Ellos santificando al país y remontando el cerco, y nosotros pecando en el Martín mientras veíamos las piernas de Queta Claver en «A vivir del cuento». Ellos montando la Siderurgia de Avilés y nosotros aplaudiendo a El Litri y Pedrés. Ellos diciendo por boca de Areilza, que entonces estaba en eso, que «la Falange es la esencia de la continuidad del Régimen», y nosotros leyendo a Camus en los libros sudamericanos que nos importaban de tapadillo.



Pero nos íbamos a salvar. Todos habíamos comulgado en el Congreso Eucarístico de Barcelona y habíamos cambiado el ángel y la bestia por la palmera que alegra el no sé qué. Pero aquí seguían teniendo la sartén por el mango los lectores de Pemán, aunque nosotros pudiéramos ya comprar aceite sin cartilla. Es que si no comprábamos nosotros el aceite, ¿quién lo iba a comprar? ¿La Perona, que se había muerto? ¿Monseñor Tedeschini? Porque los americanos aún no habían llegado y Eisenhower era sólo un militar. Ni más ni menos que un militar. ■ DON BENITO EL GARBAN-CERO.